

Ciencia y política: un diálogo necesario

Armando Hart Dávalos

Ministro de Cultura.

Siempre he tratado de abordar los temas de las ciencias sociales y humanistas desde el plano de la política, entendida esta última expresión en su acepción martiana, y desde el punto de vista de la acción, de la práctica. Es decir, con el objetivo de enriquecer las ideas revolucionarias.

No tengo una concepción aséptica de las conclusiones científicas a que se llegue en las ciencias sociales; sin embargo, bien sé que hay que llegar a conclusiones objetivamente científicas. El problema está en cómo, en qué forma, de qué manera una conclusión científica se trasmite, se promueve, se divulga y, desde luego, se aplica.

Está, de un lado, el proceso de elaboración de ideas y de arribar a conclusiones respecto a una determinada cuestión histórica o de interés social en general; y, del otro, el proceso de la transmisión de esas ideas. Ambos se interrelacionan. Tenemos que apreciarlos diferenciadamente, pero en sus nexos concretos.

Palabras pronunciadas en la presentación del No. 2 de *Temas*, el 14 de agosto de 1995 en la Unión de Escritores y Artistas de Cuba.

En el taller de pensamiento cubano que se desarrolló en la Universidad Central de Las Villas (Santa Clara) en noviembre de 1994, se planteó la necesidad de socializar las ideas que allí ganaron consenso. Pienso que este es uno de los grandes problemas a resolver en los presentes momentos en la política cubana con respecto a las ciencias sociales.

Para esto se requiere el diálogo entre los científicos sociales, e intelectuales en general, y los políticos que tenemos clara comprensión de la importancia de las ciencias sociales. Sin ese diálogo fracasaríamos en nuestro empeño, porque los políticos desaprovecharíamos el enorme y valioso caudal que suelen aportar las investigaciones bien encaminadas, y las ciencias sociales desembocarían en un ejercicio científicista distante de las necesidades de la vida. Esto es lo que les interesa a nuestros adversarios.

El buen político debe estar pertrechado de una formación científica. Divulgar y propagar ideas en una revista como esta no solo tiene un sentido cultural y científico, sino también entraña un compromiso político. Y debe proponerse ganar a muchos para que contribuyan a este empeño.

Se requiere el diálogo entre los científicos sociales, e intelectuales en general, y los políticos que tenemos clara comprensión de la importancia de las ciencias sociales. ... El político ha de tener en cuenta las coyunturas, pero no puede dejarse dominar por estas, ya que sería oportunismo. Pero no tenerlas en cuenta sería una miopía, sobre todo en el terreno de las ciencias sociales y humanísticas que, objetivamente, tienen que ver con la política.

Hay que cuidarse de caer en los extremos. Uno de ellos es la vulgarización o el didactismo. Otro sería ignorar las reglas de la comunicación. En ningún caso se debe pasar por alto que se está pretendiendo promover información y argumentos que sirvan sobre todo para enfrentar las falsificaciones de nuestra realidad.

El político ha de tener en cuenta las coyunturas, pero no puede dejarse dominar por estas, ya que sería oportunismo. Pero no tenerlas en cuenta sería una miopía, sobre todo en el terreno de las ciencias sociales y humanísticas que, objetivamente, tienen que ver con la política.

Hagamos una comparación con las ciencias naturales. Podemos llegar en ellas a una conclusión científica en un laboratorio. Por ejemplo, la obtención de una vacuna. Pero a nadie se le ocurriría hacerlo sin la participación decisiva del médico. Siempre entre el resultado de la investigación y su aplicación masiva hay un tiempo, un análisis y una forma peculiar de hacerlo. Nada de esto debe significar imposición ni manejo arbitrario del asunto. Se requiere un trabajo laborioso de análisis y confrontación.

Las revistas de ciencias sociales se mueven en una realidad mucho más compleja y sutil que las de ciencias naturales y exigen un exquisito cuidado. Hemos recorrido un camino durante muchos años y no debemos malograr empeños generosos como los que nos hemos estado proponiendo con diversas revistas. Lo estoy afirmando porque son peligros que objetivamente existen y que solo se resuelven con el diálogo constructivo entre los que tenemos responsabilidades políticas relacionadas con las ciencias sociales y los científicos sociales.

El Ministerio de Cultura está empeñado —y creo que se sabe bien— en que las ciencias sociales cumplan su destacado papel en el momento que vive el país. Es más, creo que sin ellas no podríamos abordar la complejidad del problema que tiene la política cubana.

Debemos prestar mucha atención a los problemas relacionados con el enfrentamiento de ideas en el mundo contemporáneo, como los planteados por

Fidel en su discurso del pasado 26 de julio. Todos los que hemos pensado en estas cuestiones tenemos el compromiso de continuar dialogando y actuando para preservar la independencia y el proyecto nacional. Los que laboramos en el terreno de la cultura, las humanidades y las ciencias sociales debemos hacer una contribución específica al país y a la Revolución en el plano de ese enfrentamiento ideológico.

Desde estas páginas de *Temas* quiero invitar a todos los que trabajan en estas ramas a una profunda meditación y a una contribución práctica en relación con estos problemas. Para afrontar retos como los que Fidel mencionó en la Plaza Mariana Grajales de Guantánamo, los intelectuales, y en general los cubanos consecuentes con la defensa del interés nacional, debemos participar en el debate de ideas. Como se sabe, este combate no es sencillo y exige evitar una visión en blanco y negro. Para ser auténticamente radicales, hay que detenerse siempre en los matices.

La historia en su justo lugar

Quisiera referirme ahora a uno de los asuntos más recientemente tratados en la revista *Temas*, en particular a los artículos del número 2, que son bien ilustrativos acerca de lo que se ha venido pensando y estudiando sobre Cuba en los Estados Unidos.

Hay un punto del ensayo del profesor Louis Pérez acerca de la historiografía sobre Cuba en los Estados Unidos sobre el cual invito a reflexionar. El dice lo siguiente:

Después de 1961 los historiadores ceden su lugar a los expertos en ciencias políticas, los sociólogos, los economistas y los antropólogos: los cubanólogos. La anomalía resultante es sorprendente: para los cubanólogos, la historia no existe antes de 1959; para los historiadores, después de 1959 no hay historia.

Esto es lo que, a algunos investigadores norteamericanos, no les es sencillo hacer con un

Este enlace entre el movimiento popular democrático e influido por las ideas socialistas de la Cuba de los años 50 y principios de los 60 con el socialismo real, es uno de los temas más complejos que se precisa estudiar y debe hacerse con toda objetividad. ... *Temas* puede ofrecer un espacio para el desarrollo de la línea más consecuente y radical de la Revolución cubana ... Hemos promovido siempre la necesidad del debate y lo hemos hecho porque es la única forma de desarrollar profundamente la conciencia revolucionaria.

criterio científico, porque la articulación de estos dos análisis es, precisamente, lo que daría luz para comprender la historia real de la sociedad cubana y la necesidad de que ocurrieran la Revolución y el socialismo.

Antes de 1961 nosotros representábamos y veníamos de una tradición martiana antimperialista y con influencia del pensamiento socialista, la lucha contra la corrupción y el entreguismo a los Estados Unidos. La labor tesonera de hombres como Emilio Roig de Leuchsenring, Fernando Ortiz, junto a grandes figuras como Mella, Martínez Villena, Pablo de la Torriente Brau y otros tantos más que representaban esa forma de pensar, no fue destacada en la Cuba oficial de los 50. Esta labor estaba, propiamente, en la oposición y, sin embargo, era la Cuba real, la Cuba de esencia. La Revolución exaltó este pensamiento y con su obra lo puso en evidencia ante el mundo.

Después vinieron acontecimientos que a largo plazo se convirtieron en coyunturas más complejas de analizar, como es la de nuestra alianza con la Unión Soviética que, a su vez, era contradictoria, porque de la misma forma que ya se revelaban los males que acabarían destruyendo a la vuelta de 30 años el socialismo, también ese país era heredero de una tradición revolucionaria que venía del bolcheviquismo y del leninismo.

Este enlace entre el movimiento popular democrático e influido por las ideas socialistas de la Cuba de los años 50 y principios de los 60 con el socialismo real, es uno de los temas más complejos que se precisa estudiar y debe hacerse con toda objetividad. Los procesos históricos son complicados, y esta complicación nos exige que los análisis los hagamos con el debido reconocimiento hacia todos los que de una forma o de otra pusieron su piedra en favor del triunfo de nuestras ideas.

Para evaluar los problemas de toda una generación de comunistas que aun antes de nosotros y junto a nosotros contribuyeron generosamente a esta obra,

y para analizar históricamente estas situaciones, creo que lo más justo sería hacerlo en la forma que Martí evaluó, analizó y exaltó la obra gloriosa de la generación del 68. Marcó los vacíos pero, asimismo, exaltó las heroicidades y situó cada punto en su lugar. Todo lo que contribuyó a esta historia debe quedar situado en su justo lugar, en su justa medida, en forma que ayude. Los hombres —lo hemos dicho— son producto de circunstancias, y las circunstancias obligan a tomar decisiones. Las decisiones pueden ser mejores o peores. Pero al comparar la Revolución cubana con otros procesos históricos, podemos enorgullecernos de haber demostrado un humanismo ejemplar.

Temas puede ofrecer un espacio para el desarrollo de la línea más consecuente y radical de la Revolución cubana. En este momento, la Revolución, quizás más que nunca, necesita de intelectuales orgánicos, como los llamaba Antonio Gramsci, capaces de recoger lo mejor de la tradición del pensamiento cubano.

Esta Revolución se hizo por la tradición cubana que venía del antimperialismo de José Martí y de su cultura latinoamericana, caribeña y universal. Se hizo socialista porque en los años 20 ese pensamiento martiano se articuló con el de Mella y Villena; porque la lucha contra la corrupción de las costumbres públicas y contra el entreguismo a los Estados Unidos exigía una respuesta de este carácter; porque las administraciones norteamericanas apoyaron a los gobiernos corrompidos, en especial a la tiranía de Batista.

En los años 50, cuando combatíamos la tiranía, la administración norteamericana brindaba armas y reforzaba económicamente a ese gobierno tiránico. En esa lucha participó la gran masa del pueblo. Conoció la composición social de las filas revolucionarias y de su vanguardia en la Sierra y el Llano. Aunque muchos no habían llegado todavía dentro de esa vanguardia a una concepción netamente marxista, la dialéctica de la historia y la política de los gobiernos norteamericanos con respecto a Cuba hizo evidente

Quisiera que este tema, el del socialismo, fuera debatido y abordado creadora, democrática y científicamente en las páginas de *Temas*. Esto hay que hacerlo con un diseño no burocrático ni impositivo, sino profunda y radicalmente democrático, en el sentido de dar espacio a las ideas e intereses de las inmensas masas del pueblo.

que el socialismo era el único camino de la redención definitiva de la Patria.

Muchos de los jóvenes que combatíamos a la tiranía llegamos a esa convicción en las cárceles, en la Sierra, en los llanos. La recogimos de nuestra historia. Por eso no podemos compartir otra Cuba y otra historia, como las que quieren presentarnos algunos investigadores e historiadores fuera de Cuba. Yo puedo decir que me hice socialista por mi propia experiencia y por la Revolución que condujo Fidel.

Cuando en la cárcel tuve tiempo para pensar y leer, adquirí conciencia de que lo que yo estaba deseando era socialismo. Antes podía no haber tenido esa comprensión, pero la adquirí en la lucha y así ocurrió con la inmensa mayoría de los combatientes y, en definitiva, con todo el pueblo de Cuba.

De manera que, a quienes hablan fuera de nuestro país de que tenemos que cambiar, les digo que debemos hacerlo, pero para ser más consecuentes y profundos socialistas. Quisiera que este tema, el del

socialismo, fuera debatido y abordado creadora, democrática y científicamente en las páginas de *Temas*. Esto hay que hacerlo con un diseño no burocrático ni impositivo, sino profunda y radicalmente democrático, en el sentido de dar espacio a las ideas e intereses de las inmensas masas del pueblo.

Aceptamos los retos de nuestra época. Vamos a debatir en el campo de las ideas. Pero es en este campo donde vamos a ser más consecuentes y radicales. Hemos promovido siempre la necesidad del debate y lo hemos hecho porque es la única forma de desarrollar profundamente la conciencia revolucionaria. Porque las propias ideas de los grandes revolucionarios se formaron en el debate.

Queremos apertura, debate. Los queremos, en primer lugar, porque estamos convencidos de que la razón histórica y la justicia están de parte nuestra. Y, en segundo, porque en ese debate, nuestras ideas socialistas, que vienen de la cultura universal y